

CAPITULO SIETE

Sabiduría Falsa y Verdadera

Santiago 3:13-18

Santiago parece pasar de la discusión en relación con el mal uso de la lengua (3:1-12) a un análisis de la sabiduría (vs. 13-18). No obstante, ambas secciones están en realidad unidas. En primer lugar, los dos tipos de sabiduría que Santiago analiza en los versículos 13-18 están compitiendo por el uso de la lengua; el mal uso de la cual (vs. 1-12) es una señal de que la sabiduría falsa (vs. 14-16) tiene el dominio.

En segundo lugar; ambas secciones están enmarcadas en el contexto de un espíritu de contradicción, disputas y disensiones. Santiago 3:1-12 demuestra que la lengua está en la raíz de todo este mal. Los versículos 13-17 muestran que la falta de paz y solidaridad en la comunidad se deben al hecho de que la sabiduría falsa reina soberana. Lo contrario, por lo tanto, es cierto; cuando hay sabiduría pura y verdadera, habrá paz y unidad.

Para clarificar esta idea, Santiago hace tres cosas. Primero, identifica a la persona sabia como la que actúa correctamente (v. 13), no la que dice hacer lo correcto, sino la que realmente lo hace. Segundo, describe las señales, la naturaleza y los resultados de la sabiduría falsa (vs. 14-16). Los vicios que menciona son mundanales, no espirituales, y se originan en el diablo mismo. Tercero, establece siete características de la sabiduría verdadera (vs. 17,18). Estas virtudes son características de la verdadera piedad y tienen un origen celestial.

■ Introdúzcanos en la Palabra

Santiago 3:13-18

Lea cuidadosamente Santiago 3:13-18 dos veces, y realice luego los siguientes ejercicios:

1. Enumere tanto las características positivas como las negativas de la sabiduría que aparecen en este pasaje. Dé una mirada luego a Proverbios (especialmente los caps. 1 al 8) y anote en su cuaderno las características de la sabiduría que encuentra allí. Compare y contraste las dos listas que hizo. Escriba un párrafo de resumen definiendo la sabiduría y basado en estas dos listas.
2. Haga dos columnas en su cuaderno. En el extremo superior de una coloque la palabra *vicios* y sobre la otra, ponga *virtudes*. Anote en las columnas respectivas los vicios y las virtudes que se encuentran en Santiago 3:13-18, así como también las que aparecen en Gálatas 5:19-26 y en Efesios 5:1-20. ¿En qué otros vicios y virtudes (que no están en su lista) puede pensar que parecen evidentes en su congregación? Menciónelos.
3. Compare la enseñanza de Jesús y la de Pablo acerca de la paz en Mateo 5 y Romanos 13, respectivamente, con la enseñanza de Santiago acerca del mismo tema. Anote las similitudes. ¿Se aplican éstas por igual al individuo, a la congregación eclesial como un cuerpo, e incluso a la sociedad en general? Explique por qué sí o por qué no.

■ Exploremos la Palabra

Identificación de la Persona Sabia

En este pasaje (3:13-18), Santiago está interesado en presentallas características de la sabiduría falsa y de la verdadera. Pero antes de hacerlo en forma explícita y sistemática, presunta una frase temática

de apertura para el párrafo en el que identifica a la persona verdaderamente sabia.

La frase de apertura: “¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?”, no indica quién es la persona sabia. Parecería posible que Santiago tiene en mente, al menos parcialmente, a los maestros del versículo 1. La palabra *sófos* (sabio) podría ser un término técnico para referirse a un maestro. En el judaísmo, el maestro, escriba o rabino era prácticamente identificado con la persona sabia. Era reconocido como poseedor del conocimiento más elevado y de la sabiduría práctica. Era el experto, el que tenía entendimiento. Santiago, entonces, podría estar usando categorías superpuestas (maestros y sabios) para identificar al mismo individuo. Sin embargo, es posible, y parece más probable, que su alocución tenga una aplicación más amplia. Sin duda tiene en mente una comunidad más amplia y tiene la intención de incluir a todos sus lectores.

Se desafía a la persona que es sabia a mostrar su sabiduría por medio de un estilo de vida apropiado y de buenas obras (v. 13). Esta exhortación nos recuerda el desafío de Santiago en 2:18, donde dijo a su oponente imaginario que mostrara su fe por sus acciones. De la misma manera, aquí dice en esencia: “Si eres sabio, demuestra tu sabiduría por tus obras y tu vida”. En un tono similar, Jesús dijo: “La sabiduría se demuestra por todos sus resultados” (Mateo 11:19, DHH). Lo que Santiago y Jesús están destacando es que la religión y/o la sabiduría no son cerebrales ni parte de un credo. El foco y el énfasis no deberían estar en lo que uno dice, cree o piensa. I a) más importante es lo que uno hace. La ortopraxis (la vida correcta) es mayor evidencia de sabiduría que la ortodoxia (la creencia correcta). Esto no significa desestimar la ortodoxia. Pero si el estilo de vida no armoniza con la creencia, debe desestimarse esta última. Santiago no abandona su postura. Reitera consistentemente que “las acciones hablan más fuerte que las palabras” (1:22-27; 2:12, 13; 2:14-26).

La persona verdaderamente sabia y comprensiva no sólo demostrará su sabiduría a través de una vida correcta y acciones apropiadas, sino que tales acciones se caracterizarán por la humildad y la mansedumbre (3:1 *). Al exponer esta postura, Santiago está

oponiéndose a las normas del mundo grecorromano. La mansedumbre y la humildad no eran virtudes buscadas universalmente. Las personas consideradas como mansas eran asociadas con lo in-noble, degradante y servil. León Morris observa que “se sostenía que un verdadero hombre defendería sus derechos y no permitiría que se lo pisoteara. Era humillante que no se le reconocieran todos los derechos propios y la posición apropiada. No se debía permitir que los rivales usurparan los privilegios de uno y cosas semejantes” (86).

Las Escrituras, por el contrario, presentan consistentemente la mansedumbre y la humildad como sello distintivo de los hijos de Dios. Se presenta a Moisés como el epítome de la humildad: “Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Números 12:3). Vez tras vez Jesús reiteró la importancia de la mansedumbre. “Bienaventurados los mansos”, dijo, “porque ellos heredarán la tierra” (Mateo 5:5). El exhorta a sus oyentes a venir a él si están cargados, que él les dará descanso. “Llevad mi yugo sobre vosotros”, continúa diciendo, y “aprended de mí, que soy *manso y humilde* de corazón” (11:28, 29; compare con 23:8-11). Encontramos este mismo énfasis en la mansedumbre y la humildad, especialmente en situaciones de conflicto potencial, a lo largo de los escritos de Pablo y de otros escritores del Nuevo Testamento (2 Corintios 10:1; Gálatas 6:1; Efesios 4:2; 2 Timoteo 2:25; Tito 3:2; 1 Pedro 3:15). Asimismo, Santiago identifica aquí a la persona sabia y comprensiva de su comunidad como aquella cuya vida y comportamiento se caracterizan por la mansedumbre y la humildad.

Identificación de la Sabiduría Falsa

En los versículos 14-16, Santiago presenta las características opuestas a las de la persona sabia identificada en 3:13. Al hacerlo, identifica la sabiduría falsa, que más adelante contrastará con la sabiduría verdadera.

Sophie Laws destaca la similitud obvia entre Santiago y “los primeros capítulos de 1 Corintios, donde Pablo ataca la belicosidad

asociada a los ‘partidos’ corintios (1:10-13; 3:3 y siguientes), y también busca proporcionar una interpretación correcta de la ‘sabiduría’ cristiana (1:18-2:15; 3:18-21)” (p. 160). Aunque la situación en Corinto y la de la comunidad de Santiago parecen ser radicalmente diferentes, es un hecho que había vicios similares en las raíces de la disensión y del espíritu divisivo. Pero estos vicios no estaban limitados a Corinto y a la comunidad de Santiago. Las epístolas paulinas están llenas de listas de vicios que eran comunes a la mayoría de las iglesias. Y Pablo parecería tener una secuencia “fija” en sus catálogos de instrucción ética (Dibelius, p. 210). Por ejemplo, en Gálatas 5:20 encontramos “odios, discordias y celos. Se enojan fácilmente, causan rivalidades, divisiones y partidismos” (DHH). Y en 2 Corintios 12:20, Pablo habla de “discordias, envidias, enojos, egoísmos, chismes, críticas, orgullos y desórdenes” (DHH). La lista de vicios de Santiago no es tan extensa, pero los tres que resalta ciertamente abarcan a todos los de Pablo.

El primer vicio que menciona Santiago es *zelos* (3:14; “envidia” en la DHH). La palabra en sí misma es neutral y puede ser traducida básicamente como celos o envidia. Positivamente, “podría significar el noble deseo de emulación que siente un hombre cuando se lo enfrenta con alguna imagen de grandeza y bondad” (Barclay, p. 91). Es el tipo de “celo” por el cual se elogió a Finees cuando defendió el honor de Dios y dio muerte a un israelita y a una mujer madianita (Números 25:11-13). O, en el caso de Jesús, su celo lo llevó a azotar a los animales para que salieran del templo, mientras daba vuelta las mesas y ahuyentaba a los vendedores de palomas (Juan 2:17).

Sin embargo, Santiago no está usando la palabra *zélos* en forma positiva. La verdad es que hay una línea delgada entre el celo positivo y la envidia negativa. Peter Davids señala que “el celo puede convertirse fácilmente en fanatismo ciego, en lucha amarga, o en una forma disfrazada de rivalidad y por lo tanto de envidia; la persona que se considera a sí misma celosa de la verdad, pero en la cual Dios y los demás ven amargura, rigidez y orgullo personal, usía lejos de la verdad” (Cowmentary, p. 151). Esto es exactamente lo que condena Pablo en muchas de sus listas de vicios (Romanos 13:13; 2 Corintios 12:20; Gálatas 5:20), y de lo que Santiago habla aquí.

El segundo vicio es *erithéia* (“ambición egoísta”). La palabra tiene una evolución interesante. William Barclay observa que “originalmente significaba *hilar por un salario* y se usaba en relación con las siervas. Luego llegó a significar cualquier trabajo que se hacía por un pago. Luego tuvo la connotación de la clase de trabajo que sólo se hacía por lo que se podía sacar de él. Después entró en la política y llegó a significar la ambición egoísta que buscaba su propio interés y nada más y que estaba dispuesta a usar cualquier medio para obtener su fin” (p. 91). Es así que aparece en Aristóteles, donde quiere decir “buscar interesadamente un puesto político por medios desleales” (Davids, *Commentary*, p. 151). En Santiago, como en otros escritos del Nuevo Testamento (por ejemplo, Romanos 2:8; Gálatas 5:20; 2 Corintios 12:20), el significado del término no está limitado al ámbito político. El énfasis aquí está en “la inclinación a utilizar medios indignos o divisivos para promover las ideas o los intereses propios” (Ropes, p. 246).

Santiago exhorta a quienes abrigan una envidia amarga y una ambición egoísta a no jactarse de “ella” (3:14). Lo más probable es que esté haciendo referencia a la “sabiduría” del versículo 13. Santiago les está diciendo que se detengan (la construcción griega con la partícula *mi* y el imperativo indican que deberían abandonar algo que están haciendo actualmente): “¡Dejen de jactarse; dejen de ser arrogantes acerca de su sabiduría; dejen de negar la verdad o de mentir contra ella, ustedes que están tan llenos de celos amargos y de ambición egoísta que divide!”

Esta sabiduría falsa de la cual se están jactando es lo opuesto a la sabiduría que Santiago caracteriza en el versículo 17. La sabiduría verdadera es un don de Dios; la sabiduría falsa no tiene origen divino. Santiago la caracteriza con una serie progresiva de adjetivos que expresan su naturaleza impía: terrenal, animal, diabólica (v. 15).

El primer término, “terrenal” tiene un significado neutro en griego, como lo muestran las palabras de Jesús: “Os he dicho cosas terrenales” (Juan 3:12). Pero en las epístolas del Nuevo Testamento se lo usa mayormente con un sentido despectivo con connotaciones negativas. Se refiere a lo que es inferior, imperfecto, transitorio, débil y malo (1 Corintios 15:40; 2 Corintios 5:1; Filipenses 3:19).

El uso que de él hace Santiago tiene claramente la intención de darle un sentido despectivo y malo. La sabiduría falsa no tiene nada celestial en su origen. Su esencia es terrenal.

El segundo término, *psujikós* (“animal”), siempre tiene un significado negativo en el Nuevo Testamento. En la mayoría de los contextos se lo contrasta con *pnéuma* (“espíritu”). Es importante notar que en gran parte de la filosofía griega, la persona humana era dividida en tres partes: cuerpo, alma y espíritu. Barclay define así cada una de ellas: “El cuerpo (*súma*) es nuestra carne física y nuestra sangre; el alma (*psuje*) es la vida física que compartimos con las bestias; el espíritu (*pnéuma*) es lo que sólo el hombre posee, lo que lo diferencia de las bestias, lo que lo hace una criatura racional y semejante a Dios” (p. 93). Por cuanto los escritores del Nuevo Testamento eran judíos (y su antropología era holística), no dividían así al individuo ontológicamente. Sin embargo, usaban los términos para caracterizar la relación de las personas (o la falta de relación) con Dios y con su Espíritu. Judas, por ejemplo, describe a los falsos maestros como *psujikói*: “Los que... siguen sus deseos naturales y no tienen el Espíritu de Dios” (Judas 19, DHH). Pero es Pablo quien usa el término más ampliamente. Es interesante notar que cuando habla acerca de la sabiduría (al igual que Santiago) emplea más el adjetivo. Sophie Laws resume bien el uso que le da Pablo:

“Pablo, disputando en Corinto con quienes pretendían tener una comprensión espiritual especial, describe esta desemejanza como una sabiduría ‘del mundo’ (1 Corintios 1:20), ‘según la carne’ (v. 26), ‘de los hombres’ (2:5), ‘de este siglo’ (v. 6) y presentada ‘con palabras enseñadas por sabiduría humana’ (v. 13); epítetos que deberían agregarse a una definición convencional de lo que se quería significar por *psujikós*... Contra esto, Pablo describe su predicación como de Cristo, ‘La sabiduría de Dios’ (1:23 y siguientes), enseñada por el Espíritu, y recibido por el hombre *pneumatikós* y no por el *psujikós* (2:13-15)” (Laws, p. 161).

“Décadas más tarde, el gnosticismo (una filosofía cristiana herética que encontraba sus raíces en la época de Pablo) enseñó que las personas ‘no espirituales’ son las que ‘no participan del conocimiento especial y de la iluminación, y que permanecen en el nivel

de la *psujé*; es decir, el hombre meramente humano que vive como parte del orden del mundo “natural”, compartiendo con los animales la fuerza de vida, que responde sólo a sus sentidos y que no ha sido tocado por el espíritu divino’ ” (Laws, pp. 161, 162).

Santiago posiblemente está usando el término “animal”, o no espiritual, con connotaciones similares. Este tipo de sabiduría falsa no sólo tiene su origen en la tierra, sino que es semejante al de los animales, “es la clase de sabiduría que hace que un animal aceche y gruña sin otro pensamiento que el de la presa o la ‘supervivencia’ personal” (Barclay, p. 93). Ya sea que Santiago tuviera exactamente esto en mente o no, es evidente que la sabiduría “animal” o natural está desprovista del espíritu de Dios.

Pero es más que eso; es demoníaca (3:15). Este tercer adjetivo tiene la intención de cerrar la puerta a toda pregunta acerca del origen de la sabiduría falsa. Es inspirada por el diablo. Los lectores que abrigan celos amargos y ambición egoísta, y que piensan que su sabiduría es inspirada por Dios, sólo se engañan a sí mismos. Santiago les hace saber sin atenuación que su sabiduría tiene su génesis en el mundo de los demonios.

Santiago tiene una cosa más que decir acerca de los que poseen esta sabiduría falsa y que tienen celos amargos y ambiciones egoístas. En el versículo 16 describe el efecto de sus acciones: “Allí hay perturbación y toda obra perversa”. El interés de Santiago es la unidad y la paz de la comunidad, pero estas personas traen inestabilidad a la comunidad. La palabra que usa aquí para referirse al desorden o inestabilidad (*akatastasia*) es la forma sustantiva de los adjetivos que usa en 1:8 y 3:8 para describir a la “persona de doble ánimo” o la lengua “doble”. La primera es inestable en sus caminos; la segunda es un mal que no puede ser refrenado. Douglas Moo observa que esta palabra “es utilizada en el Evangelio de Lucas para describir las ‘guerras’, las sediciones, y las revoluciones que tipificarán el período que precede a la *parousia* [segunda venida] (Lucas 21:9). Y Pablo, al suplicar a los corintios que se abstengan de la exhibición desenfrenada y desorganizada de los dones espirituales individuales en la congregación, les recuerda que ‘Dios no es Dios

de confusión, sino de paz' (1 Corintios 14:33)" (p. 134). De hecho, este pasaje de Santiago nos recuerda no sólo esta situación de la lengua, sino todas las demás situaciones (desde la disensión hasta la inmoralidad) de la iglesia de Corinto que destruían la paz y la unidad de esa comunidad (véase toda la primera Epístola a los Corintios).

En lo que a Santiago concierne, toda sabiduría que conduce a la desunión y a las prácticas impías es falsa. Y los poseedores de esta falsa sabiduría que se encuentran entre sus lectores están claramente identificados: son los que tienen envidias y ambiciones egoístas; ellos están en la raíz del desorden; ellos son la causa de mucho sufrimiento dentro de la comunidad.

Identificación de la Sabiduría Verdadera

Santiago deja lo mejor para el final. Después de bosquejar la naturaleza negativa de la sabiduría falsa que existe en una atmósfera de envidia y egoísmo, ahora presenta las características positivas de la verdadera sabiduría. Esta sabiduría verdadera no es terrenal, animal y diabólica como la anterior; es celestial (3:17). Como los dones buenos y perfectos de los cuales Santiago habló anteriormente (1:17), esta sabiduría verdadera proviene de lo alto. Aquí sigue nuevamente las tradiciones sapienciales del Antiguo Testamento y a los sabios judíos en el énfasis que ellos ponen en Dios como fuente de toda sabiduría. Por ejemplo, viene a nuestra mente el famoso pasaje de Proverbios, en el cual la sabiduría es descrita como un ser femenino que está junto a Dios en la creación (Proverbios 8:1-31). Mucho más tarde, Jesús hijo de Sirac comenzó su libro de dichos sapienciales con la figura poética: "Toda sabiduría es del Señor, y con él permanece para siempre" (Sirac 1:1). Hacia la mitad del libro, Sirac también presenta a la sabiduría alabándose a sí misma, diciendo: "Salí de la boca del Altísimo, y cubrí la tierra como una neblina" (Sirac 24:3) Unas siete décadas antes de que Santiago escribiera su epístola, unas ideas fueron expresadas por un erudito judío de Alejandría: "[La sabiduría] es un hálito del poder de Dios,

una emanación pura de la gloria del Omnipotente” (*Libro de la Sabiduría* 7:25, BJ).

Santiago no se detiene en el origen de la sabiduría. Está interesado en lo que es, o más, exactamente, en lo que debería producir, porque como señala Moo, la mayoría de los siete adjetivos que utiliza “describen lo que la sabiduría hace antes que lo que es” (p. 135). En cierto sentido, la sabiduría en Santiago funciona como el Espíritu en Gálatas 5:22 y 23. Es verdad, hay una pequeña similitud verbal entre los dos pasajes, y sin embargo, la esencia del “fruto del Espíritu” en Gálatas es igual a las características de la sabiduría en Santiago. Lo mismo ocurre con el “amor” en 1 Corintios 13. La sabiduría, el Espíritu y el amor, todos producen un comportamiento celestial.

De las siete características de la sabiduría mencionadas por Santiago, la primera y predominante es la pureza. Santiago difícilmente haya estado pensando, en este contexto, en la pureza sexual o moral. Es más probable que estuviera pensando en el sentido en que Salmos y Proverbios utilizan esta palabra. En Salmos 12:6 leemos que “las palabras de Jehová son palabras limpias”; es decir, puras, genuinas, sin engaño y sin ambigüedad. Y en la traducción griega del Antiguo Testamento (la versión que más probablemente usó Santiago), el sabio habla de los caminos de los justos como puros, ¡en contraste con los caminos de la persona torcida (Proverbios 21:8)! “Esta pureza significa entonces”, sugiere Peter Davids, “que la persona participa de una característica de Dios; sigue las directivas morales de Dios con motivaciones puras” (*Commentary*, p. 154). Esta pureza es exactamente lo opuesto a la ambición egoísta del versículo 14, porque carece de la perversidad que viene con la envidia y el egoísmo.

La segunda característica de la sabiduría verdadera también es incompatible con la envidia y la contención, y es el “amor a la paz”. Santiago hablará más de esto en el versículo 18. Pero en este punto desea resaltar este atributo como uno importante en su lista de siete. En este contexto desea aclarar que la sabiduría verdadera produce no sólo una relación correcta entre Dios y los humanos, sino también entre los seres humanos. La verdadera sabiduría no permitirá que una persona lastime a otra con su lengua o por cualquier otro medio.

La tercera característica en la serie es la “amabilidad”. La idea detrás de la palabra griega *epieikès* es que la persona que tiene este atributo es suave, no combativa, no se pone a la defensiva ni se enoja cuando es provocada. En cierto sentido, esta característica va de la mano con la siguiente, *eupeithès* (sumisión). El énfasis aquí es que la persona está abierta a la razón, contrariamente a la persona que es combativa y defensiva. Esta persona es “fácilmente persuadida”. Esto no quiere decir que el individuo es crédulo, débil, sin convicciones y fácilmente llevado por todo viento (compare con 1:5-8). Pero está dispuesto a condescender con los demás, a escuchar cuidadosamente (en lugar de usar la lengua imprudentemente), y a someterse en lugar de atacar.

Un atributo que está muy cerca del corazón de Santiago es el de la “misericordia”. Él dice aquí que la sabiduría está “llena de misericordia y de buenos frutos” (3:17). Anteriormente, en nuestra discusión de 1:27 a 2:26, observamos que los misericordiosos se interesan profundamente por las personas que están sufriendo económicamente y que las obras de misericordia son los buenos frutos que producirán los misericordiosos. Es interesante notar que la mayor parte de las personas del mundo grecorromano definen la “misericordia” como “compasión por la persona que está sufriendo injustamente”. El Nuevo Testamento, sin embargo, va más allá de eso. William Barclay nos recuerda que “en el pensamiento cristiano, *éleos* significa misericordia para con el hombre que está en problemas, aun si tiene la culpa de esos problemas. La compasión cristiana es un reflejo de la compasión de Dios que se extiende a los hombres no sólo cuando están sufriendo injustamente, sino también cuando están sufriendo por su propia culpa. Somos muy propensos a decir de alguien que está en dificultades: ‘Es culpa suya; él se lo buscó’, y por lo tanto a no sentir responsabilidad por él” (pp. 96, 97). Santiago, al igual que Jesús y otros escritores del Nuevo Testamento, ciertamente desaprobaba esa actitud. Para él, la misericordia es una virtud que se extiende liberalmente aun a los indignos.

La penúltima virtud es la “imparcialidad”. La idea que está detrás de esta palabra podría ser: “estar libres de prejuicios”, “ausencia de

incertidumbre”, “sin dudas”, “desde una sola perspectiva”, “sincero en sus opiniones”. Esta última definición parece la más probable, ya que la palabra aparece en la lista junto a la característica final de la sabiduría: la “sinceridad”. En esta última característica, el énfasis está puesto en la ausencia de hipocresía. Santiago ataca la tendencia a ser hipócrita, o aun “ingenioso”. Esta última idea de ser ingenioso me recuerda las historias de Anancy, que forman una parte importante de la sociedad de mi niñez. Estas antiguas historias presentan a una araña ingeniosa (Anancy) que usaba cualquier medio posible para confundir y derrotar a su oponente y para obrar todo tipo de males. Anancy era, y todavía es, una heroína en muchas culturas. Santiago condena el “anancismo”. El suplica por sinceridad.

Aunque Santiago ha completado su lista de las siete características de la sabiduría, todavía no ha terminado completamente con su argumento. En el versículo 18 señala particularmente, para destacarla especialmente, la virtud de la “paz”. Es obvio por qué lo hace. Todo el capítulo, y gran parte del siguiente, se ocupa de la falta de unidad dentro de la comunidad debido a disputas, peleas amargas y contenciosas, discusiones y a lo que perturba la paz en general. Para Santiago, la persona que posee verdadera sabiduría es pacificadora. Esa persona será pacifista.

La idea de ser “pacificador” no ha sido popular en este siglo de guerras, a diferencia de los primeros cuatro siglos del cristianismo, durante los cuales el cristianismo y el pacifismo eran sinónimos. Pero Santiago nos recuerda que hacer la paz (verdadero significado del pacifismo) es una virtud esencial en la vida de los hijos de Dios. Recordamos junto con Gordon Poterat que la palabra *pacifista* “tiene raíces latinas equivalentes a los términos griegos de esta frase, que significan ‘pacificadores’. En cuanto al medio utilizado para lograr la paz, hay lugar para distintas opiniones; pero, ¿puede haber discusión acerca de la vocación de todo cristiano, cualquiera sea su posición en la sociedad, que es la de hacer la paz, la de esforzarse por asegurar las condiciones y las relaciones que harán posible la buena voluntad, la concordia y la cooperación en lugar del odio, las luchas y el conflicto?” (pp. 51, 52).

■ Apliquemos la Palabra

Santiago 3:13-18

1. En mi vida hogareña y/o familiar, ¿exhibo las características de la “persona sabia según la tierra”, o por la gracia de Dios estoy exhibiendo las características de la “persona sabia según el cielo”? ¿Me comporto de manera diferente cuando estoy en la iglesia y en círculos eclesiales? ¿Soy diferente en el trabajo y/o en la escuela? Si es así, ¿qué puedo hacer para que mi vida sea más consecuente?
2. ¿He sido combativo, defensivo o me he enojado esta semana? ¿Fue bajo provocación y un hecho aislado, o fue por una debilidad de mi carácter? ¿Cómo manejé la situación?
3. ¿He actuado durante este último mes como pacificador? ¿Cuál fue la respuesta a mis acciones o palabras? Reflexione en el pro y el contra. Si lo desfavorable superó a lo positivo, ¿lo haría nuevamente? ¿Cambiaría mi estrategia? ¿He dado por perdida a la otra parte que rechazó mis esfuerzos por pacificar?
4. ¿Tiendo a mostrar misericordia sólo a los que se encuentran en situaciones negativas que no son culpa de ellos? ¿Estoy de acuerdo con la postura del Nuevo Testamento que nos desafía a mostrar misericordia aun a aquellos cuyos problemas son causados por sus propios errores de juicio o de conducta? Si no es así, explique. Si es así, haga una lista de personas (que entran en esta última categoría) a quienes tratará de mostrar misericordia dentro del próximo mes.

■ Investiguemos la Palabra

1. Busque la palabra *sabiduría* en un diccionario bíblico o en una enciclopedia bíblica. ¿Puede encontrar en esos artículos características de la sabiduría que no estaban en la lista que

hizo en la sección “Introduzcámonos en la Palabra” de este capítulo? Si es así, mencione las características adicionales.

2. Busque en un diccionario bíblico cada una de las palabras utilizadas por Santiago para caracterizar la sabiduría falsa y la verdadera. Anote las explicaciones para cada una de ellas que no se presentan en la sección “Exploremos la Palabra” de este capítulo.

■ Estudio Adicional de la Palabra

1. Para leer comentarios de Elena de White acerca de la pacificación y la misericordia, véase *El discurso maestro de Jesucristo* (PPPA), pp. 14-17; 18, 19; 39-44.
2. Para una discusión excelente acerca de la filosofía de la pacificación, seguida de relatos ilustrativos, véase el libro de J. Yoder, *What Would You Do?*
3. Para considerar ideas adicionales en cuanto a la sabiduría verdadera a diferencia de la sabiduría terrenal, véase W. Barclay, *The Letters of James and Peter*, pp. 91-98; y S. Laws, *The Epistle of James*, pp. 158-166.

CUARTA PARTE

Santiago 4:1 a 5:6

Tensiones

CAPITULO OCHO

Tensiones Morales

Santiago 4:1-12

Después de mucha exhortación negativa en el capítulo 3, Santiago concluye la tercera parte de su epístola con una nota positiva: “Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz” (v. 18). Pero esta nota positiva no duraría mucho. La situación era todo menos pacífica. Las tensiones (religiosas, políticas, económicas, etc.) estaban en su apogeo y en la raíz de las relaciones que se desintegraban. Estas tensiones violentas debían ser abordadas en forma más extensa que antes.

Al empezar.; Santiago presenta las razones de los altercados, las peleas y los conflictos en la comunidad (4:1-3). Al hacerlo, presenta los fundamentos teológicos de las tensiones. El problema es que en lugar de elegir a Dios como amigo, él es visto como si fuera el enemigo, y el mundo y Satanás son compañeros (vs. 4-6). Pero Santiago llama al arrepentimiento, pidiendo a sus oyentes que se sometan a Dios, sabiendo que él los exaltará (vs. 7-10). Santiago, sin embargo, no concluye en esta suave nota positiva. Tiene otra preocupación moral negativa que debe exponer antes de hablar de las tensiones económicas. Para revertir las relaciones turbulentas deben detenerse las difamaciones y los enjuiciamientos (vs. 11, 12). En este pasaje, Santiago no moderará los temas. La seriedad de la situación exige un lenguaje intenso.

■ Introduzcámonos en la Palabra

Santiago 4:1-12

Antes de leer este pasaje, ore para que el Señor le ayude a ser honesto con el texto y para que le ayude no sólo a entenderlo en su contexto, sino a aplicarlo a su vida y a la sociedad en general. Después de eso, lea el pasaje dos o tres veces y luego responda las siguientes preguntas.

1. ¿De qué tipos de guerras y pleitos le parece que está hablando Santiago en los versículos 1 y 2? ¿Son conflictos literales o metafóricos? Explique.
2. En el versículo 1, Santiago dice que los conflictos vienen de los deseos que batallan “dentro” de uno. ¿Está refiriéndose a algo interno del individuo o está hablando de los malos deseos dentro de la comunidad o grupo? Explique.
3. Explique la frase “amistad del mundo” (v. 4). ¿Qué quería decir Santiago en ese momento? ¿Cómo lo interpretaría usted en su situación actual?
4. Explique sus sentimientos más profundos mientras lee la serie de órdenes que aparece en los versículos 7-10. ¿Le parece que Santiago se expresa en forma dura y exigente? ¿O se siente usted bastante cómodo con su lenguaje? Explique.
5. Explique el término *ley* (vs. 11, 12). ¿Lo usa Santiago en forma diferente aquí que en el resto de la epístola? Encuentre, con la ayuda de una concordancia u hojeando el texto, esos otros pasajes. Compárelos y contrástelos con estos versículos.

■ Exploremos la Palabra

Guerras y Pleitos

Los dos sustantivos que se encuentran en esta primera frase (4:1) establecen la aguda y Crónica **tensión y hostilidad que existía**

en la comunidad de Santiago. Estas guerras y pleitos no eran conflictos insignificantes. Eran causas importantes de desintegración social y muerte. Es espantoso reconocerlo, y muchos intérpretes bíblicos son cautelosos en admitir la naturaleza literal de la preocupación del autor. Pero Bo Reicke está en lo correcto cuando nos aconseja: “No tenemos derecho a buscar explicaciones o a atenuar la declaración del autor acerca de estos problemas como si exagerara o no tuviera la intención de ser tomado en serio (como lo hacen algunos expositores por respeto a la iglesia primitiva, o por otras razones). La honestidad histórica exige que reconozcamos la situación tal como era, en lugar de re-crearla como a nosotros o a otros nos gustaría que hubiera sido” (p. 45).

Si pretendemos leer el texto rigurosamente, primero debemos preguntarnos: ¿De qué está hablando Santiago cuando usa estos dos sustantivos: *pólemoi* (“luchas”, “guerras”) y *májai* (“peleas”, “contendias”)? Estas palabras son usadas más a menudo para describir conflictos físicos, literales, entre naciones, comunidades y/o individuos. Sin embargo, hay quienes interpretan las palabras metafóricamente o las suavizan para referirse al odio entre un cuerpo de creyentes o meramente a batallas verbales entre la audiencia de Santiago. No podemos descartar la posibilidad de que Santiago se esté refiriendo a tales conflictos verbales. Después de todo, la idea predominante del capítulo anterior es que la lengua es un instrumento violento y destructivo (véase especialmente 3:3-6).

Sin embargo, una interpretación meramente metafórica de “guerras” y “pleitos”, sin embargo, parece inadecuada. Ralph R Martin señala que limitar de esta manera la preocupación de Santiago sería pasar por alto “el hecho de que su carta fue escrita probablemente en un período en el que se aceptaba el homicidio como manera ‘religiosa’ de solucionar los desacuerdos” (p. 146). Un ejemplo clásico son las amenazas homicidas de Saulo contra las comunidades cristianas primitivas y contra los individuos (Hechos 9:1; Juan 16:2). Martin ha argumentado convincentemente de que el lenguaje fuerte del texto, especialmente 4:2, indica que Santiago tiene en mente mucho más que delicadezas metafóricas (p. 144). Santiago está hablando de guerras literales, de peleas, asesinatos y pleitos de su época y de su sociedad.

Para poner estos versículos en perspectiva histórica, deberíamos recordar que Santiago está escribiendo posiblemente antes de la guerra con Roma del año 66 d.C. Los años anteriores a esa guerra fueron testigos de la intensificación de la revolución zelote. Los zelotes eran un partido altamente nacionalista dentro del judaísmo que estaba decidido a derrocar al gobierno romano de Palestina por cualquier medio.

Debemos observar aquí, junto con Michael Townsend que los zelotes no conformaban un partido monolítico, sino que la palabra *zelote* “debe ser considerada como un término amplio que cubría una cantidad de intereses nacionales” (p. 212). Es interesante notar que Simón el zelote era uno de los discípulos de Jesús (Lucas 6:15). Sin embargo, a pesar de las diferencias entre los que se llamaban a sí mismos zelotes, había un compromiso básico de derribar, mediante el derramamiento de sangre, el dominio completo que Roma tenía sobre Palestina. Es así que sostenían una lucha de guerrilla en la cual el terrorismo del tipo “pega y huye” estaba muy extendido.

Los ataques y el odio de los zelotes no estaban dirigidos sólo contra las fuerzas imperiales romanas. Se oponían a todos los que colaboraban con Roma y se esforzaban por preservar el estado prevaleciente de cosas. Les resultaba especialmente ofensiva la jerarquía saducea y el partido sacerdotal que apoyaban el dominio romano, y la permisividad que hacía posible que las autoridades locales gobernaran como querían. Pero también resultaban ofensivos a los zelotes los ricos que se habían enriquecido por las políticas económicas de Roma, o por la falta de políticas que beneficiaran a los pobres. Es en este contexto que Santiago escribe. Su comunidad era una sociedad infestada de zelotes. Y “sin dudas”, dice Martin, “las diferentes posturas en cuanto a la actitud más viable contra el dominio romano generaba acaloradas discusiones y posiblemente enfrentamientos físicos” (p. 146).

Me parece que Santiago se refiere en estos versículos precisamente a este importante problema de guerras físicas y peleas. Perdemos de vista una preocupación importante del autor si limitamos la interpretación del texto a las peleas pequeñas, insignificantes, de la iglesia. Por lo tanto, estoy de acuerdo con León Morris cuando

afirma que lo que Santiago dice “tiene relevancia para un círculo más amplio que los cristianos peleadores. Para una época tan deseosa de paz y tan dada a la guerra como la nuestra, estas palabras acerca de las causas básicas de las guerras pegan con fuerza y relevancia. Porque el hecho es que si promovemos un espíritu combativo sólo se puede esperar que tengamos guerras, a gran escala entre naciones o a escala pequeña entre miembros de iglesia” (p. 86). Lo triste es que somos muy rápidos para aplicar incluso esta interpretación del versículo “al otro bando”. Por ejemplo, en la década de 1980, hubiera sido fácil para nosotros, en Occidente, aplicar estas palabras a quienes luchaban por la libertad de los negros en Sudáfrica o a las guerrillas de América Latina. Podríamos argumentar vehementemente que Santiago condena sus peleas, asesinatos y guerras civiles. Sin embargo, al mismo tiempo, no hubiéramos tenido reparos en apoyar a los contras nicaragüenses o a los que luchaban contra el comunismo en Europa. Si Santiago estuviera escribiendo en las últimas décadas del siglo XX, creo que su mensaje hubiera apuntado a ambos lados, a todos los zelotes modernos.

Aunque Santiago está muy preocupado por las tensiones físicas y por los conflictos, posiblemente está más preocupado todavía por su fuente. El, por lo tanto, dice a sus lectores que los conflictos provienen “de los malos deseos que siempre están luchando en su interior” (4:1, DHH). La frase griega traducida como “en su interior”, literalmente significa “en vuestros miembros” (RVR). El término *miembros* ha sido traducida como “cuerpos” en varias partes del Nuevo Testamento (compare con Romanos 6:13; 7:23) con referencia al individuo. En muchos de estos textos, el foco está puesto en el lugar de la persona donde residen las pasiones. Si Santiago está usando la idea de “miembros” de esa manera, sus pensamientos probablemente son paralelos a su comentario en 1:13-15 con respecto al *yetser*. Al tratar ese pasaje, notamos que para gran parte del pensamiento judío, el asiento de las pasiones impías está en el *yetser*. Si esto es lo que tiene en mente Santiago aquí, su argumento apuntaría a que las guerras y los pleitos surgen de los deseos que están dentro del *yetser* individual.

En este contexto, sin embargo, parece dudoso que Santiago esté

volviendo a su comentario anterior de los versículos 13-15. Más que una preocupación individualista, su preocupación es comunitaria. Las luchas y peleas surgen por los deseos que luchan dentro de la comunidad acerca de temas no sólo religiosos, sino también sociales y políticos. Parecería más que probable que existieran bandos en guerra entre sus lectores; por un lado, los que querían la paz y el uso de medios pacíficos para lograr sus metas; y por el otro lado, los que consideraban la violencia como el único recurso posible. Las pasiones y los deseos abundaban.

La palabra traducida “pasiones” (4:1) es *jèdonòn*, de la que derivan las palabras castellanas *hedonista* y *hedonismo*. Aunque tendemos a pensar acerca de este concepto en tonos puramente sexuales y sensuales, la palabra en sí misma significa simplemente “placer” o el término más neutral “deseo”. Sin embargo, en muchos casos la palabra lleva más peso que el simple placer o aun la lujuria sensual. En Tito, su yuxtaposición con una lista de vicios similares a los que preocupan a Santiago indica el peso negativo de la palabra. Allí leemos: “Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites [*jedonáís*] diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros” (Tito 3:3, 4; compárese con Lucas 8:14; 2 Pedro 2:13). Con esto en mente, una traducción e interpretación más apropiada del término sería “pasión”, una pasión por la guerra, pasión por ganar, etc. Esta intensa pasión negativa dentro de la comunidad era la causa fundamental de las guerras, peleas y tensiones entre los lectores de Santiago.

Vale la pena notar que muchos escritores antiguos también sugirieron que la razón de muchos de los problemas y males del intuido era el deseo. William Barclay cita unos pocos: “Luciano escribe: ‘Todos los males que le han sobrevenido al hombre, revoluciones y guerras, estratagemas y asesinatos, surgen del deseo. Todas estas cosas tienen como fuente el deseo de [tener) más’. Platón escribe: ‘La única causa de las guerras y revoluciones y batallas es nada más que el cuerpo y sus deseos’. Cicerón escribe: ‘Son los deseos insaciables los que derrotan no sólo a los hombres individuales, sino a familias enteras, y que derriban aun al estado. De los deseos surgen

el odio, los cismas, las discordias, la sedición y las guerras’” (p. 99). Santiago identifica de manera similar la fuente de las guerras y los pleitos.

¿Cuán intensa era esta pasión y deseo? Santiago nos lo dice en 4:2. “Ustedes quieren algo, y no lo obtienen; matan, sienten envidia de alguna cosa, y como no la pueden conseguir, luchan y se hacen la guerra” (DHH). A lo largo de los siglos, muchos comentaristas han encontrado difícil de aceptar que Santiago esté acusando realmente a sus lectores de matar (véase Wells, p. 96; Kugelman, p. 46). Muchos han seguido al erudito renacentista Erasmo, y han reemplazado “matar” por “envidia”, haciendo que el texto diga: “Envidian y codician”. Tales comentaristas encuentran descabellado que Santiago acuse a sus lectores (de los cuales se piensa que eran exclusivamente cristianos) de matar. Esta postura es sorprendente, porque aun dentro de nuestro momento histórico encontramos que en los conflictos internacionales (por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial) los cristianos luchan contra otros cristianos. Y lo mismo ocurre en los conflictos civiles. La guerra civil ruandesa de 1994 demuestra claramente esto, cuando miles de ruandeses fueron asesinados por sus hermanos de iglesia en los propios templos.

Es también desafortunado que otros intérpretes argumenten que Santiago no está hablando acerca de la situación actual, sino que está más bien prediciendo el futuro. Nosotros argumentamos lo contrario, que Santiago está diciendo que las tensiones en la comunidad involucran asesinatos, pero que también involucran “envidias”.

En esta frase, la palabra traducida como “envidia” es *zèlòò* de la cual proviene nuestra palabra *celoso*. Sin embargo, es posible traducirla como “envidia” o “codicia”. Si ésta es la interpretación correcta de la palabra, la puntuación que presenta la Biblia de Jerusalén en este versículo es útil: “¿Codiciáis y no poseéis? Matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra”. Esto está apoyado por una cantidad de ilustraciones bíblicas. La historia de Acab y la viña de Nabot es un ejemplo clásico del poder de la envidia y la codicia que terminaron en asesinato (1 Reyes 21:1-29; compare con el relato de Caín y Abel en Génesis 4:2-16).

Santiago, sin embargo, puede tener en mente el significado literal de la palabra *zèllóo*. En este caso, no estaría diciendo a sus lectores que ellos matan, sino que son zelotes fanáticos. Bo Reicke sugiere que se interprete esta frase de la siguiente manera: “Ustedes asesinan a las personas porque son zelotes” (p. 45). La referencia sería entonces a las actividades violentas de los zelotes. El texto tendría entonces la puntuación de la DHH, pero con una interpretación diferente para la palabra traducida como “envidia”: “Ustedes quieren algo, y no lo obtienen; matan, y son zelotes fanáticos, pero no pueden obtener lo que quieren, luchan y se hacen la guerra” (4:2). En este caso, Santiago no sólo está condenando su violencia, sino que también les dice que es inútil. La violencia social no ha logrado ni logrará alcanzar lo que ellos desean apasionadamente.

Santiago presenta un camino alternativo. En lugar de matar, asesinar, mutilar y ser fanáticos como método para lograr sus objetivos, ¿por qué no pedirle a Dios? En efecto, está reiterando las instrucciones de Pablo a los filipenses: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Filipenses 4:6). Santiago les está diciendo a sus lectores que la paz no llegará por medio de la espada. La paz y cualquier otro anhelo que tengan vendrá sólo pidiéndoselo a Dios.

Los lectores de la epístola, sin embargo, responderán a Santiago diciendo: “Oramos primero. Le pedimos a Dios; pero no recibimos. Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos. Así que estamos probando con la espada”. Pero Santiago responde: “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites [*jèdonáís*]” (4:3). Sus oraciones fracasan porque no están dispuestos a abandonar sus caminos hostiles y a convertirse en pacificadores (3:18), Querían que Dios les contestara en sus términos. Santiago dice No. Dios da en sus propios términos. Sus términos son paz, unidad y humildad.

Amigos del Mundo y Enemigos de Dios

El segundo párrafo de este capítulo contiene aún más reproches punzantes. Santiago, en lugar de dirigirse a sus lectores como asesinos y homicidas, se dirige a ellos como adúlteros (4:4). Si es verdad que Santiago habla literalmente de asesinos en los versículos anteriores, entonces parece lógico que hable de adulterio literal aquí.

Sin embargo, no hay nada en el contexto de la Epístola de Santiago que sugiera que el adulterio era un problema importante en su comunidad. Si éste es el caso, debemos suponer que la palabra está siendo utilizada metafóricamente en el sentido en que la usaron los profetas del Antiguo Testamento cuando Israel quebrantaba su relación de pacto con Dios. Esta relación a menudo es descrita en términos matrimoniales, como en el caso del mensaje comunicado por Dios a Jeremías. Dios le dijo que proclamara a Jerusalén: “Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia” (Jeremías 2:2, NBE; compare con Isaías 54:1-6). Pero Israel era constantemente infiel, quebrantaba el pacto y apostataba. Esto fue señalado por los profetas como adulterio. El ejemplo más clásico fue la experiencia del profeta Oseas, cuyo matrimonio con una mujer adúltera fue un símbolo de la relación de Dios con su pueblo (Oseas 1-3; 9:1; véase también Isaías 54:1-6; 57:3; Jeremías 3:6-10, 20; 13:27; Ezequiel 16:23-34). La figura del matrimonio fue adoptada dentro del cristianismo para representar la relación de Cristo con la iglesia, en la cual Cristo es el novio y la iglesia la novia, y ambos son fieles uno al otro (2 Corintios 11:2; Efesios 5:23-32; Apocalipsis 19:7; 21:9). Santiago, por lo tanto, está usando la figura del adulterio de esta manera metafórica. En forma parecida, Jesús usó el lenguaje de los profetas y llamó a sus contemporáneos “generación mala y adúltera” (Mateo 12:39; compare con 16:4; Marcos 8:38).

Santiago parece poner su atención no sólo en la idea de la infidelidad, como en el caso de los escritos proféticos de Oseas, Isaías y Jeremías. Es más probable que su énfasis esté puesto en el estilo pecaminoso. En este caso, el pasaje pertinente del Antiguo Testamento sería Proverbios 30:20: “El proceder de la mujer adúltera es así: (lome, y limpia su boca y dice: No he hecho maldad”. El estilo


de la adúltera, dice John Schmitt, es que “comete su acción y no siente remordimiento. Está despreocupada de las consecuencias de sus malos caminos. Este pecador ha perdido, o está suprimiendo, la sensibilidad moral que debería caracterizar al amigo de Dios” (p. 336).

Santiago llama a sus oyentes a despertar, haciéndoles saber que su relación adúltera (que él llama “amistad del mundo”, 4:4) es una enemistad con Dios. Ser amigo del mundo es odiar a Dios. No hay compromiso. Ningún entumecimiento de las sensibilidades cambiará eso. Es claramente lo uno o lo otro: O amas al mundo o amas a Dios (1 Juan 2:15, 16). En un tono similar, Jesús instruyó a sus oyentes en el Monte de las Bienaventuranzas: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24).

Nuevamente debemos enfatizar que Santiago no está sugiriendo que nos retiremos o nos separemos del mundo o de la sociedad en general. “Mundo” para Santiago es todo el esquema de cosas, valores y acciones que nos separan de Dios y que están en desacuerdo con lo que Dios requiere. Esas cosas y esos valores pueden encontrarse dentro de la comunidad de creyentes, así como también fuera de tal comunidad, dentro de la sociedad más amplia. Es por eso que en la teología de Santiago, si una persona está en relación amistosa con tal sistema de valores, es en realidad enemiga de Dios.

Pero dice aún más en un versículo muy difícil: “¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?” (4:5). Este versículo es difícil por un par de razones. En primer lugar, Santiago lo cita como Escritura. Pero no aparece tal versículo en el Antiguo Testamento, al menos no de manera reconocible. Posiblemente ésta podría ser una cita de un libro perdido o un resumen de un pasaje del Antiguo Testamento. O Santiago podría estar expresando en forma proverbial una idea presente en muchos pasajes del Antiguo Testamento. El problema es que a menos que entendamos la idea que está tratando de comunicar, será difícil rastrear la fuente escriturística.

Esto nos lleva a la segunda y principal razón de la dificultad para

comprender el versículo. En el centro del problema está la palabra *espíritu*, que en la frase griega puede ser el sujeto o el objeto. Y para complicar las cosas, puede ser el Espíritu Santo o el espíritu humano. Las notas marginales de la BJ ilustran la perplejidad. Una primera alternativa en la NTV tiene a Dios como sujeto: “Dios ama celosamente el espíritu que ha puesto dentro de nosotros”. Esta es la traducción que acepta la versión *Dios habla hoy*. En ella, Dios es el sujeto que está celoso de su pueblo adúltero. La otra alternativa tiene al “espíritu” como sujeto: “El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente”. El problema con esta traducción es que éste sería el único lugar de la epístola donde se menciona al Espíritu Santo (si es que se está hablando del Espíritu Santo). La NBE y la BJ toman el espíritu como sujeto, pero lo interpretan como un espíritu humano. Sin embargo, no es claro lo que Santiago quiere decir con: “...el espíritu tiene deseos ardientes”. Ralph Martin sugiere una cuarta alternativa:  Espiritu de Dios que mora en nosotros se opone a la envidia” (p. 149).

A mí me parece que las mejores opciones que tenemos son la primera o la última. La primera, porque une el versículo con la discusión del versículo anterior, afirmando que Dios es un Dios celoso, que exige fidelidad total, sin reservas y sin vacilaciones, sólo a él. La última alternativa tiene sentido si se la une con el siguiente versículo. En este caso, Santiago está estableciendo dos grupos de paralelismos:

- A. El Espíritu de Dios que habita en nosotros se opone a la envidia.
- B. Nos da más gracia (4:5, 6a).
- A1. Dios se opone a los orgullosos.
- B1. Pero da gracia a los humildes (v. 6b).

Es difícil elegir entre las alternativas. Lo que es cierto, sin embargo, es que Dios se opone a todo lo que entre bajo el rótulo de “amistad con el mundo”, y eso incluye la envidia, el orgullo y toda la violencia de la cual Santiago habló antes.

Aunque las exigencias de Dios son estrictas y esta oposición al mal y su celo son intensos, Santiago nos asegura que su gracia es abundante. Él dice: “Pero él da mayor gracia”, es decir, su gracia es más abundante que su juicio. El destinatario, sin embargo, no es cualquiera o todos. La cita de Proverbios 3:34 (“Ciertamente él escarnecerá a los escarnecedores, y a los humildes dará gracia”) demuestra la limitación del don de la gracia de Dios. Sólo los que se humillan y se someten a su voluntad pueden recibir este don (4:6).

Sumisión y Exaltación

La expresión “por consiguiente” (v. 7, NBE), con la que Santiago comienza el siguiente párrafo, indica que la cita de Proverbios está íntimamente ligada a los diez imperativos que siguen. El hecho de que todos estos imperativos aparezcan gramaticalmente en el tiempo aoristo del griego indica que Santiago desea que sus lectores capten la urgencia del mensaje (R. P. Martin, p. 152).

La primera actitud que pide Santiago es la sumisión (v. 7). La persona que ha renunciado al orgullo y se ha humillado delante de Dios puede recibir gracia sólo si es sumiso. Sin embargo, Santiago exige más. Sus lectores no sólo deben someterse a Dios; también tienen que resistir al diablo.

El Nuevo Testamento está lleno de textos que presentan al diablo como un poder espiritual que debe ser resistido. El ejemplo más clásico de tal enfrentamiento es el de Jesús y Satanás en el desierto antes del ministerio de nuestro Salvador (Mateo 4:1-11; Lucas 4:1-13). Pero igualmente impresionantes son los pasajes de la carta a los Efesios, en los cuales se amonesta a la iglesia a ponerse toda la armadura de Dios y pelear contra los ardides del diablo (Efesios 6:10-18; compare con 4:27) o el pasaje de 1 Pedro 5:8 y 9, que dice: “Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”.

Santiago asegura a sus lectores que si resisten al diablo, él huirá de ellos. Esta es una seguridad para todos los que se someten a Dios. Esto está muy relacionado con los pensamientos de Elena de White,

cuando observó que aún la persona más débil que encuentra refugio en Cristo hará que el diablo tiemble y huya (White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 105).

El énfasis negativo de resistir al diablo da lugar al llamamiento positivo: “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros” (4:8). Santiago, sin embargo, desea que sus lectores hagan más que eso. El los desafía, como pecadores, a lavar sus manos. El lenguaje se deriva de los antiguos ritos judíos, en los que se requería que los sacerdotes lavaran sus manos y pies antes de entrar al santuario o al templo para realizar sus tareas, bajo pena de muerte (Éxodo 30:17-21). Hacia el primer siglo a. C, los rabinos habían convertido en requisito ritual que todos los judíos se lavaran las manos antes de comer para no estar ritualmente inmundos. Jesús desafió esto cuando dijo a sus discípulos: “¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina? Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre” (Mateo 15:17-20). Al igual que Jesús, Santiago rechaza los lavamientos rituales pero se centra en la “disposición interior con interés y acción social exterior” (R. P. Martin, p. 153).

Así como la comunidad de Santiago es llamada a “limpiarse las manos”, también se la amonesta ahora a purificar sus corazones (Santiago 4:8). (Esto nos recuerda el llamado del salmista a tener manos limpias y corazones puros, Salmo 24:3, 4.) En primer lugar, el énfasis de Santiago está puesto en las obras y acciones de ellos; en segundo lugar, está puesto en sus pensamientos. En este último caso, los llama “de doble ánimo”. Esta es la misma palabra que usó en 1:6-8, donde las personas de doble ánimo se caracterizaban por dudar y por su inestabilidad. En este contexto, el tema es la fidelidad. Resultan útiles aquí las ideas de Ralph Martin:

“El problema principal de la audiencia de Santiago es su vacilación e indecisión, que los hacían oscilar en su fidelidad a Dios a la par que eran tentados a apartarse en pos de esperanzas falsas y hacia

los caminos ‘diabólicos’ de los fanáticos zelotes... En efecto... la cuestión es la elección entre Dios y su enemigo, ya sea que se lo llame diablo (4:7; compárese con 3:15: ‘diabólica’ es la fuente de esta ‘sabiduría’) o Belial (como en T. Asher 3:2) o el mundo (4:4). Estas fuerzas se oponen implacablemente a Dios, cuyos tiernos deseos para con la integridad de su pueblo rechazan toda forma de ‘envidia’ (4:5; también 3:14-16) y de ‘contención’ (3:14), y están tan envilecidas que imponen la ‘guerra’ y el ‘asesinato’ para alcanzar sus fines patrióticos y superficialmente atractivos, pero que realmente son pervertidos” (p. 143).

Santiago sostiene con firmeza que es imposible esa doble fidelidad. Esos pensamientos y comportamientos necesitan ser purificados.

Santiago no se satisface con el lenguaje sacerdotal del Antiguo Testamento respecto de la limpieza y la purificación (4:8). Ahora usa un lenguaje profético. Al igual que los profetas mayores y menores del Antiguo Testamento, hace un llamamiento resonante al arrepentimiento. Exclama: “Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza” (v. 9).

Por supuesto, no debemos leer estas palabras como si tuvieran la intención de “matar el gozo”. No son una invitación al ascetismo. Pero el hecho es que en este contexto, la única respuesta apropiada para acompañar al arrepentimiento es el pesar, especialmente porque la emoción que caracteriza la enemistad de esa gente contra Dios es la risa necia y el regocijo insensato.

La humildad que se refleja en el pesar, el duelo y el llanto conducirá a la exaltación. “Humillaos delante del Señor, y él os exaltará”, dice Santiago (v. 10). Esta enseñanza de Santiago refleja en 1:9-11 su postura de que los pobres humildes son exaltados y los ricos orgullosos son rebajados. También repite, en forma imperativa, la declaración de Jesús al final de la parábola del fariseo y el publicano: “El que se humilla será enaltecido” (Lucas 18:14). Y en la Epístola de Pablo a los Filipenses, Cristo es presentado como ejemplo clásico y supremo del binomio sumisión-exaltación: “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por

lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo” (Filipenses 2:8, 9).

Calumniar y Juzgar

Hasta este punto, Santiago ha atacado una serie de males morales serios que están en la base de gran parte de las tensiones de su comunidad. Pero tiene uno más del cual hablar antes de volverse a las tensiones económicas. Este tema moral está íntimamente ligado a su preocupación anterior con respecto de la lengua y su mal uso (véase 1:26; 3:1-12). Su preocupación específica en este momento es la calumnia. Él dice: “Hermanos, no murmuréis los unos de los otros” (4:11). La partícula negativa griega *me* y la estructura gramatical imperativa presente, indica que sus lectores hablaban habitual y malignamente unos contra otros. Santiago los exhorta a que desistan de esa conducta difamatoria.

La Biblia está llena de condenación contra la práctica de la calumnia, de los chismes irresponsables y maliciosos, y contra el hábito de hablar mal unos de otros (Levítico 19:16; Salmo 50:20; 101:5; Proverbios 18:8; 26:22; Romanos 1:30; 2 Corintios 12:20; 1 Pedro 2:1). Sin embargo, como observa William Barclay: “Hay pocas actividades en las que la persona promedio encuentra mayor deleite que ésta. Contar y escuchar historias infamatorias, especialmente acerca de alguien distinguido, es para la mayoría de las personas una actividad fascinante” (p. 111).

Santiago da una razón interesante de por qué la calumnia es tan injuriosa: “El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley” (4:11). Tal conducta no afecta sólo a la víctima, sino que es también un ataque contra la ley de Dios. No estamos seguros de cuál es la ley a la que Santiago se está refiriendo aquí. Pero parece probable que la referencia sea a la ley real de Levítico 19:18 (“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”), especialmente puesto que este versículo viene poco después de la orden: “No andarán chismeando entre tu pueblo” (v. 16). Una persona que ama a su prójimo será fiel a la ley y no lo juzgará ni lo calumniará.

Santiago presenta otra razón para condenar la calumnia y el acto de juzgar. Ello constituye la usurpación de una prerrogativa divina: “Uno

solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?” (4:12). Santiago no agrega, pero podría haberlo hecho efectivamente, las palabras de Jesús: “No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mateo 7:1). La persona que calumnia a su prójimo lo ha juzgado. Al infringir la prerrogativa de Dios, esa persona será juzgada severamente por el único verdadero Juez y dador de la ley.

■ Apliquemos la Palabra

Santiago 4:1-12

1. ¿Cuándo tuvo lugar mi peor pelea/altercado? ¿Valió de algo? ¿Manejaría en forma diferente la situación hoy? Si la respuesta es sí, ¿cómo?
2. ¿Cuándo fue la última vez que me involucré en un altercado y/o pelea religiosa o teológica? ¿Valió la pena? ¿Qué gané? ¿Qué perdí?
3. ¿Soy pacifista? Si es así, ¿por qué? Si no es así, ¿por qué? ¿Hay momentos cuando los cristianos deberían ir a la guerra? Si es así, ¿cuándo? ¿Haría alguna diferencia pelear contra otros cristianos o contra no cristianos? Explique.
4. ¿Cómo reacciono cuando no obtengo lo que quiero (o lo que *necesito*) de Dios? ¿Cuál es mi racionalización normal? Explique.
5. ¿Cómo puedo ser amigo de gente mundana sin ser amigo del mundo?
6. Los imperativos de los versículos 7-10, ¿me recuerdan a algún pastor o dirigente que parece siempre estar predicando el juicio, “llamando al pecado por su nombre”, y llamando a su congregación al arrepentimiento, enfatizando siempre los sí y los no? ¿Piensa usted en esos sí y no en forma positiva o negativa? ¿Cómo se siente con respecto a ellos después de leer Santiago?
7. ¿Hay en mi vida o en la vida de mi iglesia local enemistades

de larga data por causa de calumnias, críticas maliciosas o difamación del carácter? ¿Puedo hacer algo para solucionar esas enemistades? Mencione dos o tres sugerencias.

■ Investiguemos la Palabra

1. Busque en su concordancia las palabras *concupiscencia* y *deseo*, especialmente las que son traducción de la palabra griega *epithumía* (necesitará para ello las ayudas idiomáticas disponibles en una concordancia exhaustiva). Anote los casos en que se la usa en forma positiva, negativa y neutral. Basándose en los respectivos contextos, ¿traduciría usted las palabras en forma diferente en algunos casos? ¿En cuáles?
2. Busque en su concordancia palabras significativas (*sumisión, limpiar, llorar*) que aparecen en los versículos 7-10 y busque textos similares en el Antiguo y Nuevo Testamento. Elija tres o cuatro de esos textos y resuma brevemente sus contextos. ¿Cómo se comparan y contrastan con la exhortación de Santiago?

■ Estudio Adicional de la Palabra

1. Para un tratamiento amplio del argumento favorable a un contexto zelote en este pasaje, véase M. J. Townsend, “James 4:1-4: A Warning Against Zealotry?”, y R. P. Martin, *James* pp. 137-157.
2. Para el tratamiento de preguntas relativas a la cuestión de resistir al diablo, véase el capítulo de Elena de White titulado “La victoria” en *El Deseado de todas las gentes*, pp. 100—105.

